

La información y la colonización del aprendizaje: subjetividades apáticas.

De lo que quiero hablaros se enmarca en esa forma de problematización de la educación elaborada hace más de dos siglos por J. Jacotot y recogida en “El maestro ignorante” de J. Rancière. Muy en síntesis, Jacotot describe y argumenta cómo el principio de verticalidad entre maestro y alumno (entre el que sabe y el que tiene que aprender lo que el maestro considera digno de ser aprendido, en el modo y manera que el maestro decide) constitutivo de la estructura escolar produce un efecto general de “atontamiento” de los alumnos en la misma medida que obstaculiza el libre despliegue de la inteligencia de los que aprenden.

En mi charla procuraré atender a una de las formas que toma hoy ese atontamiento en nuestro sistema educativo, incluida la Universidad, colocando el énfasis en uno de los elementos retóricos de mayor alcance en la racionalidad pedagógica actual: la información.

Mi intento de argumentación se sustenta en cuatro tesis que os anticipo muy brevemente:

1ª Que “la información” es, como acabo de sugerir, uno de los elementos estructurantes de la mentalidad pedagógica contemporánea.

2ª Que esa centralidad de “la información” en nuestra mentalidad pedagógica es inseparable de la mercantilización de la cultura y del conocimiento que se ha desplegado en las dos o tres últimas décadas.

3ª Que “la información” no existe sólo ni fundamentalmente como un concepto al uso para las retóricas contemporáneas sobre la educación sino que, sobre todo, existe incorporada y encarnada en la subjetividad de los alumnos.

4ª Que esa incorporación de “la información” en la subjetividad propicia la formación de lo que he llamado “subjetividades apáticas” (aunque si hubiera sido más valiente bien podría haber dicho “subjetividades frías”)

Para empezar el abordaje de estas cuestiones servirá una cita de un viejo cascarrabias que nos es muy querido:

“Palabras fuerza. No hay razón sin palabras, pero tampoco puede haber sin ellas fanatismo. En la palabra se manifiesta la salud de la razón, pero, a su vez, el fanatismo siempre aparece como una enfermedad de la palabra, una especie de inflamación absolutista de los significados. Toda predilección por una palabra en sí, al margen de un contexto, es un temible síntoma de predisposición al fanatismo” (R. Sánchez Ferlosio)

Desde ahí, la palabra que quiero poner sobre la mesa es la palabra “Información”. Me gustaría, en esta charla, ofreceros recursos discursivos que nos ayuden a reflexionar sobre la fuerza de esa palabra, sobre su poder y sobre el fanatismo que alimenta en un contexto muy específico: el de la educación y el aprendizaje en el dominio de la racionalidad pedagógica contemporánea (sea o no, neoliberal)

Dicho en otra jerga, que enseguida aclararé, me gustaría presentar “la información” como un “TOPOS”, estructurante de la mentalidad y sensibilidad pedagógica actual

Voy a detenerme primero en qué es eso de un “TOPOS”. En una conferencia celebrada en Porto Alegre en 2001, en el contexto del I Foro Social Mundial (aquél en el que se acuñó la consigna de que “otro mundo es posible”) Boaventura de Sousa Santos, reflexionando sobre el papel que podría jugar la defensa de los Derechos Humanos en los procesos de globalización, invitaba a los asistentes a pensar la cultura como una constelación de Topoi; y los Topoi como algo que tiene que ver con nuestra arquitectura cognitiva, esto es, con los supuestos desde y con los que razonamos y, a la vez, como algo que tiene que ver con la estructura de nuestra sensibilidad, con los elementos retóricos de mayor alcance, esto es, con la manera en que repartimos enunciados y visibles, con la forma en que nombramos lo que vemos y vemos lo que nombramos.

De Sousa ejemplificaba lo dicho contraponiendo los deferentes TOPOI con los que la cultura occidental, islámica e hindú, conciben (razonan, teorizan, observan y hablan) de la Dignidad humana: la noción de *Derechos humanos* en el caso de Occidente, la de *umma* en la cultura islámica y la de *dharma* en la hindú.

Pues bien, sirviéndome de esa estrategia reflexiva, os propongo que consideremos “La información” como un TOPOS central en nuestra cultura y nuestra racionalidad pedagógica. Permitidme, algunas pruebas o indicadores de ello -sólo algunas:

-La idea de que el papel del docente consiste, entre otras cosas en proporcionar o transmitir información.

-La obsesión porque el estudiante, ya desde la educación primaria, se ejercite en el acceso a las muy diversas fuentes de información y se haga diestro en su manejo y contraste; pero también la exigencia de que, en sus trabajos, las haga explícitas de una manera formalizada. Y en el límite, el imperativo de que el alumno se informe antes de opinar (antes de, como se dice, “abrir la boca”)

-O en la Universidad, observar como esa ineludible y casi siempre burocrática obligación que pesa sobre el docente (ahora hablan de “equipo docente”) de elaborar un Plan Docente, para que antes de conocer a los alumnos (y sus inquietudes e intereses) estos sepan qué les espera (como si pudieran evitarlo) se justifica casi siempre apelando al derecho a “la información” que tiene tanto el alumno como lo que llaman (¡terrible expresión!) “la comunidad universitaria”

O la tenacidad con que tantos y tantos expertos revisan y actualizan, una y otra vez, ese capítulo curricular, tan indiscutible como poco serio, de las “competencias básicas en la sociedad de la información”

Y por eso mi asombro, perplejidad, desazón y sensación de fracaso definitivo cuando, a propósito de los materiales que presento en mis clases -con la intención de que se conviertan en ocasión para el despliegue de la inteligencia, de que procuren el acontecimiento de pensar- (entrevistas, conferencias, coloquios, ensayos, artículos o fragmentos de algún libro)

los alumnos me confiesen que en su conjunto, ante todo y para ellos, representan demasiada información, aunque eso sí, los más cautelosos enseguida añaden que se trata de información muy interesante o “válida” como dicen ellos.

Asombro y perplejidad contra la que ya debería estar vacunado puesto que mi paternidad me familiarizado en esa tarea de salir a la caza y captura de información para echar una mano en las tareas escolares de mis hijos (2º de bachillerato y 3ª de ESO) Este curso hemos buscado y obtenido ¿cómo no? información sobre: “la capa de ozono”, “la Mona Lisa”, “la Revolución Francesa”, “la poesía de Fray Luis de León”, “los diálogos de Platón”, “la anorexia”, “los lexemas”, “las formas de amistad con las NTI”, “la conjugación de los verbos irregulares ingleses” y un largo etc.

Dejémoslo por el momento ahí y luego, si os parece, lo discutimos pero dejadme que con lo dicho hasta ahora, recuerde lo que ha querido ser con mi primera tesis: sin la voz “información” es muy difícil conjugar nuestra racionalidad pedagógica.

Para mi segunda tesis, tomaré como referencia una conferencia pronunciada en este caso por P. Bourdieu en Seúl en el año 2000 en un Congreso sobre Literatura (e imagino, sobre el presente y futuro de la creación literaria, del libro, de las editoriales y de las bibliotecas) En esa conferencia, P. Bourdieu reflexionaba sobre las consecuencias que pueden tener en materia de cultura los llamados procesos de globalización. Muy en síntesis y para lo que aquí me interesa, P. Bourdieu denunciaba la metástasis de la ley del beneficio, el despliegue y la intrusión de la lógica comercial en los diferentes ámbitos de lo que hasta hace poco podíamos llamar creación cultural. En una palabra, P. Bourdieu ilustraba los procedimientos y consecuencias que se derivan de haber convertido también la cultura en una mercancía.

Ello nos puede ayudar a plantear la posibilidad de que uno de los efectos más humillante y perverso de la comercialización de la cultura, del paso de la *creación* cultural a la *producción* cultural sea, precisamente, la metamorfosis del conocimiento en “información”. En cualquier caso, sí que es cierto que lo que hoy llamamos “Información” en la racionalidad pedagógica, posee todas las características de la forma mercancía: se produce, se distribuye, se intercambia, se acumula, se puede comprar, está siempre amenazada de obsolescencia y, finalmente, como toda mercancía en la sociedad global, amenaza con convertirse, al igual que todo lo que ya se ha mercantilizado (la salud, el trabajo, el ocio, la seguridad, la diferencia, la creatividad) en algo “sagrado”, o como ahora se dice: en un derecho. Por eso formularé así mi segunda tesis: la mercantilización del conocimiento, su colonización por la lógica comercial, destila, deja un residuo que quizás no sea otra cosa que eso que llamamos “información”.

Para dar un paso más, en lo que se anuncia en el título de esta charla, eso de “las subjetividades apáticas” e iniciar la presentación de mi tercera tesis, necesito invocar la figura de N. Elías y su perspicaz estudio sobre los símbolos humanos y el acervo cultural en que se articulan. Elías habla de los símbolos para referirse a esos recursos creados, inventados e instituidos por los seres humanos para orientarse en medio de lo que hay, para comunicarse y, muy especialmente, para regular sus interdependencias, esto es, para gobernarse: los puntos cardinales, las fronteras, los números, la noción de causalidad o la de individuo, la masculinidad y el calendario, serían ejemplos de esa capacidad simbólica propiamente humana.

A propósito de esas creaciones simbólicas, N. Elías se interesa no tanto por su exactitud, su objetividad o su cientificidad sino por su amplitud (lo que él llamó su “nivel de síntesis”, esto es los diferentes dominios en que cumplían sus funciones orientadoras y reguladoras) y sobre todo por otras cuestiones, cuestiones que pueden ser de ayuda en lo que estoy intentando plantearos.

La primera y más importante hace referencia al modo de existencia de esos recursos simbólicos, por ejemplo el calendario. Y decía que los símbolos no existen sólo con un carácter instrumental, no existen sólo como “herramientas” (¿cuántas veces habré tenido que aguantar yo eso de que “el lenguaje es una herramienta que nos sirve para la comunicación?”) sino que, fundamentalmente, existen encarnados (“incorporados”) en los individuos estableciendo así diferentes modalidades históricas de individualización y, como veremos, diferentes modalidades de subjetivación. Esa incorporación o encarnación de los símbolos se substanciaría, por así decirlo, en dos dimensiones de la subjetividad: la “actitud social” y la “estructura social de la personalidad”. Lo que Elías llamó “actitud social” hace referencia a algo así como el tipo de disposición y el grado de apertura, de atención y consideración hacia el otro. Con “estructura social de la personalidad” Elías, creo yo, alude, a la forma de gobierno de sí, al tipo de autocontrol que ejercemos sobre nosotros mismos.

Elías ilustró, entre otras cosas, cómo los humanos que no disponen, por ejemplo, de un recurso simbólico de un nivel de síntesis tan elevado como el calendario organizan sus dependencias e interdependencias (con la naturaleza y entre ellos) de una manera inconmensurable a como lo hacemos los que poseemos ese recurso. En la estructura social de su personalidad, la duración del presente, su articulación con el pasado y su derrame hacia el porvenir sería incomparable con la personalidad de quienes disponemos no sólo de calendario sino de las omnipresentes señales horarias y que a penas podemos vivir sin saber qué hora es.

En segundo lugar, y retomado aquello del “nivel de síntesis”, Elías planteó que cuando específicos recursos simbólicos alcanzan un elevado grado de síntesis, mediando y regulando muy diferentes tipos de interdependencias en distintos contextos (y ese el caso de nuestros calendarios, horarios y relojes) se abre la posibilidad de que se origine lo que él llamo “espesura simbólica” que ,de nuevo, muy en síntesis, consiste en que los humanos lleguemos a perder la conciencia de que son

símbolos (construcciones sociales) cayendo en el error de ontologizarlos y de considerarlos como algo inmanente y natural. En ese caso, los humanos perdemos la posibilidad de problematizarlos como elementos reguladores que nos coacciona y con los que nos autocoaccionamos.

Y quizás esa sea la historia de “La información”. Ahora la tenemos universalizada quiero decir “fuera de la historia” (los profesores de mis hijos dicen que la información ha existido siempre aunque hayan variado mucho los medios por los que circula: las señales de humo, las campanas de las catedrales, el pregonero, el telégrafo, el teléfono, la prensa escrita, ect.) e incluso naturalizada y, por así decirlo, colocada más allá de nuestra voluntad y como desafiando nuestro poder: “tu mirada me informa”, “tu imagen es la primera información que emites de ti mismo”, etc. Y nos cuesta mucho reflexionar sobre la actitud social y la estructura social de la personalidad de las subjetividades permanentemente expuestas a la información.

En lo que se refiere a mi cuarta tesis, y que hoy y aquí sólo puedo perfilar, yo hablaba de subjetividades apáticas, sin *pathos*, sin inclinación, sin fervor, “indolentes” que diría Simmel. Y las calificaba así porque quizás las podamos pensar, sobre todo en los contextos pedagógicos actuales, como subjetividades construidas con la exclusión de la inteligencia y del pensamiento.

Inteligencia , no como una facultad cognitiva, individual, diferenciable, cuntificable y analizable (el otro día escuche en la radio a una *experta* que hablaba de siete u ocho; no *inteligencia* como un atributo existencial propiamente humano, próximo a la *responsabilidad* y a la *moralidad*, compañero inseparable, creo yo, de la curiosidad y de la atención, nacido, eso sí, de la experiencia de que (para bien o para mal) no estamos solos, de que los otros cuentan y que, si queremos, podemos comprender qué cuentan los otros; aunque para ello tengamos que poner toda la carne en el asador y, “afanosamente”, como decía Platón, tengamos que frotar una y otra vez sus nombres, sus palabras, sus definiciones con nuestras percepciones y otras impresiones de los sentidos.

Pero creo que esa curiosidad, esa atención, ese afán y ese trabajo es cada día más imposible y mucho menos deseable cuando lo que se nos ofrece ya no son los nombres, las cuentas y los cuentos de los otros sino esa lengua de nadie que es “la información” y, cuando lo que se nos exige no es que los frotemos con lo que vemos y sentimos, sino más bien, que la resumamos, la contrastemos, la acumulemos y, sobre todo, que la actualicemos.

Qué bochorno.

Referencias Bibliográficas:

- Rancière, J. (1987): **El maestro ignorante**, Barcelona, Laertes, 2005
- Bourdieu, P. (2000): “La cultura está en peligro” en, **Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo**. Barcelona, Anagrama, 2001, pp.81-99
- De Sousa Santos, B. (2001): “ Las tensiones de la Modernidad” en, M. Monereo y M. Riera (editores): **Porto Alegre. Foro Social Mundial. Otro mundo es posible**, Barcelona, El viejo Topo pp-163-189.
- Elías, N.(1984): **Sobre el tiempo**. México, FCE.,1989.

